

Todos somos migrantes

Por Deysi Flórez Álvarez,
líder juvenil y estudiante de Filosofía
de la Universidad de Antioquia

Fotos: Cortesía proyecto *Crear sin fronteras*



A partir de la formación en trabajo comunitario, gestión de recursos y comunicación, con un enfoque en la diversidad y la migración, *Crear sin fronteras* trabajó con cuatro colectivos de las comunas 8 y 13.

Las sociedades más justas e incluyentes son aquellas que reconocen y propician la pluralidad: en ellas suele haber una mayor concentración de mentes creativas, estimuladas por un ambiente de aceptación de la diversidad cultural, étnica, religiosa, política y sexual.

El proyecto *Crear sin fronteras*, financiado por ACIDI/VOCA y desarrollado por la Universidad de los niños EAFIT, durante el 2021, concibe la incertidumbre y el miedo como una oportunidad para construir espacios formativos y reflexivos en las comunas 8 y 13 de Medellín: Villa Hermosa y San Javier. En estos espacios, las juventudes migrantes y de acogida generan narrativas que les permiten acercarse,

comprender sus diferencias, construir proyectos de vida significativos, iniciativas colectivas y emprendimientos que tejen propuestas libres de xenofobia y deconstruyen la mentalidad individualista contemporánea.

En mi rol como apoyo territorial del proyecto en San Javier, “La Trece”, he comprendido que esta iniciativa cobra sentido cuando los integrantes de los colectivos se acercan a contarnos sus historias pues buscan un oído atento, un refugio, una cercanía: alguien a quien le importe su dolor de patria, las condiciones en las que se encuentran al habitar un país como Colombia y, sobre todo, sus sueños. Esto sucede con los integrantes de los colectivos participantes de ambas comunas: Voz de Mujer, Casa Diversa, Jóvenes de Poderes, por parte de “La Ocho”, y Arte 13/Star Company, Culturizzarte y YMCA/Marquemos la Diferencia, de “La Trece”.

Comunidades migrantes y de acogida

No es fortuito que las comunas 8 y 13 sean las que más acogida brindan a los migrantes venezolanos en Medellín. Estas dos comunidades fueron construidas, en gran medida, por personas desplazadas que venían huyendo de la guerra y del narcotráfico. Buscaban reconstruir sus vidas en lo material y en lo moral, iniciando casi desde cero, puesto que el Estado colombiano suele llegar tarde, indolente ante décadas de abandono y violencia.

Lemnis Montes, una de las integrantes del colectivo YMCA/Marquemos la Diferencia, cuenta qué significó para ella haber llegado a la Comuna 13 como migrante: “es crearme una nueva comunidad. Nosotros somos muy apegados a la gente que se nos acerca, que nos da cariño, amor y confianza. Pasan a ser como familiares de uno. ‘La Trece’ para mí es comunidad, es mi barrio, es mi gente, donde me siento resiliente y empoderada”.

Son las colectividades de estos barrios las que tejieron sus propias normas, las que se organizaron a través del arte y la cultura para dignificar sus territorios y sus vidas. Son ejemplo de cómo ser resilientes, de cómo superar circunstancias muy complejas y dolorosas. Son legión porque son muchos. Le han enseñado a la ciudad cómo vencer el miedo al miedo, cómo fortalecer ecosistemas de organizaciones, cómo ayudarse mutuamente para salir adelante, cómo desobedecer civilmente ante la injusticia.

Y es que ser migrante, como lo dice Mirla Alayón, otra de las participantes del proyecto, “es ser valiente, afrontar ese miedo y preguntarse: ¿y ahora qué hago? ¿Ahora qué aprendo? ¿Ahora de qué vivo? Ese mar de dudas siempre está allí. Una vez pasas ese puente de los miedos, dices: soy una ciudadana global”.

En “La Trece”, todos los que vivimos operaciones militares como Orión, seguimos una filosofía muy sencilla: todo ser humano es un ser querido. Nada justifica que se excluya o que se asesine. Recuerdo que, durante el proceso

de recibir a migrantes venezolanos, en las escaleras eléctricas de San Javier, la comunidad pintó un mural que dice: todos somos migrantes.

Esta bienllegada de una comunidad que ha vivido la guerra, el desplazamiento, la violencia estatal, es un punto de conexión significativo. Plantea una ética y una política de la vida cotidiana, la cual demuestra que cada persona, en su multiplicidad de anhelos, necesidades, convicciones, razones, e historias que han formado su modo de sentir y de pensar, así como sus fantasmas y sus afectos, son abrazados por “La Trece”. El mensaje es: aquí sabemos lo que es sufrir, migrar y sentir miedo. Pero el miedo es potencia reflexiva, potencia creadora, ese miedo nos moviliza, y hace hablar hasta las paredes.

Entre chamos y parceros

Cuando me contactaron para ser el apoyo territorial de *Crear sin fronteras* en San Javier, mi misión era reunir tres colectivos juveniles que hubieran acogido a población migrante. Ante tal responsabilidad, lo primero que pensé fue en darle la importancia a las individualidades, en especial, a la calidad de los liderazgos y su trayectoria para lograr con ellos los tres objetivos planteados por el proyecto: fortalecer el trabajo comunitario que estos grupos venían realizando, gestionar recursos para idear una iniciativa productiva que contribuyera al sostenimiento de estas

organizaciones y cambiar las narrativas sobre migración y diversidad, a través de comunicaciones transformadoras.

Por ejemplo, el colectivo “Marquemos la diferencia”, conformado por mujeres venezolanas, estaba construyendo una base de datos en *WhatsApp* con aproximadamente 300 familias venezolanas y colombianas retornadas, a las cuales compartían enlaces e información sobre acceso a oportunidades, ayudas humanitarias y encuentros de aprendizaje. Ellas fueron el primer contacto que establecí, pero como su trayectoria era corta, busqué apoyo de una organización que las amadrinara y fortaleciera su trabajo.

Para ello invité a la YMCA Medellín, una de las organizaciones con más experiencia en trabajo comunitario en “La Trece”, la cual durante cuarenta y seis años no ha cerrado sus puertas, ni siquiera en tiempos de guerra. Ha sido la casita gestora de valiosos procesos desde el arte y la cultura como Casa Kolacho, Son Batá, Arte 13 y Titiri 13, entre otros; y algunos de sus participantes hoy hacen parte de otras organizaciones como Casa Morada, Sal y Luz, Full Producciones y la Mesa de la Juventud.

Las alianzas han traído valiosos aprendizajes, nos han enseñado a atesorar los silencios, pausas y todo lo que no es posible verbalizar en las historias de los migrantes. Se me pone el corazón blandito cuando hacemos intercambios.

De repente, al cabo de 7 meses de *Crear sin fronteras*, por este proceso



ya han pasado 150 personas, sujetos que han compartido desde sus diferencias y, aunque no lo esperábamos, las voces y culturas se van juntando. Nos vamos aprendiendo el himno de ellos, y ellos el nuestro, aprendemos a decir “chamo” y ellos “parcero”, a comer empanadas colombianas y venezolanas, y así nos damos cuenta de que, aunque somos diferentes, como humanidad coincidimos en que deben existir tratos igualitarios: derechos, garantías sociales, compromisos, lenguajes, espacios de creatividad.

Recargas de sonrisas

Devolver la dignidad también es recordar los sueños. Un día, a la media-

noche, una de las participantes del proyecto, María Lourdes, me envió un audio en el que me explicaba había faltado a uno de nuestros encuentros:

“Profe, es que aquí se me ha hecho muy difícil, no se imagina cuánto. Vendiendo galletas y caramelos en el centro todos los días. Para estar en la clase hay que recordar los sueños. Yo quería ser odontóloga, pero mi situación humilde no lo permitió. Cuando comparto con ustedes, dan ganas de una mejor vida. Yo amo a mis hijos, si me ven estudiando, eso les da ejemplo de salir adelante”.

Por eso, en *Crear Sin Fronteras* ha sido importante incitar, tocar el interior de las personas para motivar la acción. Es así como, en las 48 horas de formación de este proyecto han salido



varios emprendimientos que motivan a los participantes quienes tienen entre 10 y 29 años. Por ejemplo, en “La Trece”, Marquemos la Diferencia y la YMCA tendrán el *Café sin fronteras*, un espacio cultural y gastronómico para comercializar alimentos que cuenten las historias de los migrantes y que sean elaborados por ellos; Arte 13/Star Company crearon un laboratorio audiovisual para el desarrollo de contenido educativo, cultural y artístico para jóvenes de la ciudad; y Culturizzarte trabajará en la línea de formación audiovisual con la Escuela Voz Vez.

Por su parte, los colectivos de la Comuna 8 tienen propuestas que le apuntan a la diversidad y la integración. El colectivo Casa Diversa ideó un café lounge, Amora Café, con el cual apoyar los eventos culturales que se realizan en su sede; Voz d’ Mujer, di-

señará y comercializará una marca de ropa y accesorios LGBTQ+ para la visibilización de los derechos de esta población; y Jóvenes de poder busca el empoderamiento del ejercicio comunitario entre jóvenes de Villa Hermosa a través del deporte y la recreación.

Todo esto lo ha permitido el encuentro con el otro que siempre es transformador y, más allá del desarrollo de estas ideas productivas, la mayor satisfacción es la relación con los participantes. Me doy por bien servida al saber que mis compañeras Ana María, Carolina, María Andrea, Bao y mi compañero Diego, llegamos a la misma conclusión. Tenemos un compromiso ético en el cuerpo, miramos semana a semana en el espejo retrovisor qué significan los colectivos para nosotros, qué significa nuestro rol para ellos, qué es lo más importante de la

relación, cómo articulamos más procesos que puedan acompañar sus sueños. Lloramos sus dolores y nos recargan con sus sonrisas

La mejor parte siempre es el encuentro, superar todo límite de conectividad, pandemia, distancia territorial, rechazo a los extranjeros, intolerancia étnica, sexual o cultural. La mejor parte es escuchar cómo se van transformando sus dinámicas, cómo avanzan las iniciativas productivas, cómo aprenden sobre cartelismo para luego crear y difundir, a través de una galería física y virtual, mensajes de inclusión y desestigmatización en sus territorios para impactar también a las comunidades en las que habitan.

Julián Salazar, líder del Circo social - Arte 13, una de las organizaciones aliadas de *Crear sin fronteras* (enfocada en las artes circenses como estrate-

gia pedagógica para la transformación social), expresa que “de lo más bonito del proceso, es poder reunirnos a crear con un montón de chicos y personas diversas, que nos cuentan sobre sus vivencias, sus sueños, sobre lo que los hace vibrar día a día. Aunque no seamos de la misma organización, nos sentimos como los mismos. Queremos trabajar, no por intereses propios, sino por la comuna, por un bien común, y este proyecto nos da confianza, formación y bienes para emprender”.

Creemos en una sociedad con mejores conflictos, no las mismas guerras. Estar presente, junto a los jóvenes participantes de *Crear sin fronteras*, escuchando sus sueños, alimenta el alma; da fortaleza para seguir trabajando y reafirmar que los zancos, los malabares, el maquillaje, la música, así transforman vidas!



UNA VIDA ENTERA
NO CABE EN UNA
maleta